

MARZO 2017 - N.º 86

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfonos:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

Grupos de Oración

Es conmovedor saber la de muchos grupos de oración o cenáculos que hoy en día existen. Muchos Apostolados o Parroquias disponen de uno de esos grupos donde varias personas, se reúnen para emprender varias actividades apostólicas y formativas. Estos grupos o cenáculos son como **“puertas abiertas”** al Cielo, y a través de ellos se conceden muchísimas gracias materiales y espirituales. Tienen una gran fuerza de intercesión y fue el mismo Redentor quien los recomendó. (Mt. 18, 19-20). Satanás, el perdedor de las almas y el embaucador de todo aquello que suponga santificarse, trata de destruir estos grupos, los cuales empiezan con mucha fuerza por parte de sus asistentes y terminan apagándose poco a poco, porque no hay perseverancia en lo que se ha empezado. Quienes pertenezcan a uno de estos grupos, no deben permitir que esto suceda, y deben mantenerlo activo contra viento y marea. La Virgen recomienda estos grupos en muchas de sus manifestaciones, pues la unidad de los fieles cristianos es derrota para los enemigos de la Iglesia y victoria y fuerza para quienes lo integran. Estas **“puertas abiertas”** hacen descender del Cielo toda clase de bendiciones y gracias para nosotros y para la Iglesia, las cuales, no debemos negárselas ¡Cuántos grupos de oración existen hoy en día! Pero habría que preguntarse ¿funcionan todos? Todo grupo de oración o movimiento que pretenda innovar algo que no esté en el Evangelio, puede subsistir, pero tal vez no llegue a dar los frutos deseados.

Algunos de estos grupos se han convertido para muchos en un entretenimiento. Asisten para pasar el rato y tener ocupadas esas horas que les sobra, pero no hay verdadera entrega. Dan opiniones, donativos, son constantes en las reuniones, pero no hay en ellos verdadera entrega, es decir, no se comprometen totalmente, porque en el momento que en el grupo hay que hacer algo más comprometido, ya ponen pegos, para no aportar ni el mínimo esfuerzo, porque eso de esforzarse ya no entra en sus planes.

Tal y como está la sociedad actualmente, pertenecer a uno de estos grupos es algo muy bueno. Estos grupos bien estructurados, con buenas normas y saludables actividades, y si además algún sacerdote les hace un poco de pastoral de vez en cuando, son como **“barcas de salvación”** donde se les preserva de todo mal a los que a ellos pertenecen. Yo aconsejaría a todo el mundo que escogiese aquel movimiento o grupo con el que más se identificara y perteneciera a él, porque un grupo de oración es excelente para crecer en las virtudes, estar mejor preservados y preparados espiritualmente de los muchos males que actualmente hay en nuestra sociedad, pero claro si somos fieles al grupo y a través del mismo vivimos la entrega a Dios.

BETANIA

EL DESALIENTO

DESALIENTO: ENEMIGO DE LA SANTIDAD

El tema que nos ocupa hoy, el desaliento, es una de las tentaciones peores que podamos tener. Al desaliento se le puede llamar de varias formas: abatimiento, desánimo, descorazonamiento, desinterés, hundimiento, postración, tristeza, todo viene a ser lo mismo, un hundimiento interior que nos impide crecer en santidad y volar hacia las alturas celestiales.

Si observamos a nuestros semejantes veremos que raro es la persona que alguna vez no ha tenido la experiencia del desaliento. Y esto no es malo, lo malo es cuando nos dejamos vencer por él. Porque el desaliento es una de las armas más usada por el Maligno para hundirnos, para adentrarnos en las densas oscuridades y abatirnos todo lo posible hasta que lleguemos, si la gracia de Dios no lo impide, a la desesperación. Tal de pernicioso es el desaliento que el Señor comunicó a Luisa Picarreta: *El desaliento mata más almas que todos los demás vicios. Porque este estado de ánimo, que afecta tanto a nuestro espíritu, es un humor infeccioso que infecta las más bellas flores y los más agradables frutos, y penetra hasta el fondo de la raíz, invadiendo todo el árbol, lo marchita, lo vuelve escuálido, y si no se le pone remedio, regándolo con el humor contrario, como aquel humor malo se ha introducido hasta la raíz, seca la raíz y hace caer por tierra al árbol. Así le sucede al alma que se embebe de este humor infeccioso del desaliento.*

No hay un arma más eficaz que el desaliento para apartarnos de hacer la voluntad de Dios, y como esto lo sabe muy bien Satanás, lo usa siempre que puede para introducirlo en el alma del cristiano, y logra, no pocas veces, desviarle de los verdaderos planes de Dios. Actualmente hay muchísimos sacerdotes que están padeciendo esta clase de tentación y deben estar muy alerta para no dejarse vencer por ella, pues de lo contrario podrían malograr no solo el fruto de su ministerio como sacerdotes, sino que pondrían en peligro su propia salvación. El Papa emérito, Benedicto XVI, además de poner en guardia sobre tan temible enemigo, indica la brecha por la que se introduce: *la falta de confianza en que el éxito de la pesca no depende de los obreros que faenan en la barca: Que los fracasos y las dificultades no induzcan al desánimo. A nosotros nos corresponde echar las redes con fe, el Señor hace el resto.*

El desaliento es para el alma lo que una losa pesada sería para el cuerpo. Es una disposición de ánimo tan nefasta que nos hunde y con esta estratagema Satanás quiere acorralarnos dentro de la desesperación para que no nos llegue la ayuda de la gracia. Apenas vislumbramos que nos hallamos en tan penosa situación, debemos repetir con insistencia: "JESÚS MÍO, TE AMO". Y ante la invocación del Nombre de Jesús *"toda rodilla se doble en el Cielo, en la Tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre"* (Flp 2,10-11). Entonces Satanás desaparecerá (Jesús a Sor M^a Natalia Magdolna). Por tanto, ante este temible estado de desaliento, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hb 4,16).



El alma que realmente quiere ser fiel a Dios por encima de todas las cosas, no debe dejar de cumplir gustoso los compromisos que con Él había adquirido, no debe omitir nada, aunque a veces la sequedad de espíritu o la oscuridad le impidan hacerlos con el fervor con que otras veces los haya hecho. Si empezamos a abandonar compromisos espirituales, y nos dejamos llevar por el desánimo, entonces Satanás ha vencido en nosotros, y no debemos consentirlo. San Ignacio de Loyola nos advierte que cuando llega esta tentación no se deben abandonar los buenos propósitos que hizo cuando estaba en paz, pues en la desolación se infiltra el mal espíritu: *"La quinta: en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, más estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar."* (Ejercicios, 318) La oración, los sacramentos, la dirección espiritual, la lectura, la Palabra Divina y demás, son armas valiosísimas para combatir el desaliento, y, por supuesto, la entrega a María Santísima, "Consuelo de los afligidos," Madre de las almas, para que Ella no nos deje caer en este terrible abismo de abatimiento, que nos anule complemente en las cosas de Dios. Ya Jesús nos advirtió por medio del Evangelista Juan: *"Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: Yo he vencido al mundo"* (Jn 16,33).

Pero, ¿por qué el desaliento hace tantos estragos en quienes lo padecen? Porque Satanás es muy hábil en el manejo de esta herramienta, quizás la más útil y eficaz de las que tiene. Mediante ella penetra en la mente del hombre, y, una vez dentro, puede hacer su obra. Pocos creen que es todo obra del Maligno, el cual sigue usándola y la usará por siglos interminables, ya que los resultados según sus deseos son óptimos. Satanás puede tomar al más dedicado de los cristianos, a ese que ha recibido a Cristo

en su vida y trata con todo empeño en servirle, y meterle el desaliento en su alma e inutilizarle por completo. Un maestro de escuela dominical no ve los resultados que quisiera y se desanima. Un nuevo creyente ve los fallos y debilidades de los demás cristianos y se desmoraliza. Todo buen creyente que lucha y se esfuerza por la causa de Cristo puede desalentarse. Satanás puede meter el desaliento dentro de él y abrir la puerta para que entre el resto de su equipo. Él puede romper la vida del mejor con la “cuña del desaliento” y sobre todo en los sacerdotes, por eso hay que rezar tanto por ellos, para fortalecerlos con la oración y el sacrificio. Si un sacerdote se malogra, Satanás ha vencido la más grande de las batallas, porque él no quiere que haya ningún sacerdote y, si los hay, que sean mediocres, ineptos y se desalienten ante la vista de la aparente esterilidad de sus obras. De ahí, que debamos estar en alerta permanente a nuestro estado de ánimo y afrontar y luchar contra todo aquello que nos quite la ilusión, el celo por las almas, las ganas de vivir, y el deseo de luchar.

El Señor ha caracterizado esta tentación, con su divino ingenio, en la parábola del sembrador (Mt 13,3-23) y nos ha dado pistas muy valiosas para que sepamos defendernos. La semilla no da fruto si cae en el camino, porque si uno no pone interés

ninguno en preguntar, en aclarar lo escuchado en orden a valorarlo, se comen los pájaros la semilla. En segundo lugar, tampoco llegará a sazón la semilla si no se esfuerza ante las dificultades que surgen, si no echa raíces combatiendo su pereza, su orgullo, todas sus inclinaciones; pues en cuanto venga la prueba, abandonará: es la semilla caída entre piedras. Y, por fin, si uno comparte la semilla de la Palabra con mil ocupaciones e intereses sin orden, ni medida, entonces la semilla, que había crecido, queda sofocada por las zarzas. Así de claro deja el Señor que, o buscamos ante todo el Reino de Dios y su justicia, confiando en que Él sea el que gestione las ineludibles ocupaciones ajenas a nuestra responsabilidad, pero conforme y en el grado que requiere la misión que Dios nos ha confiado en nuestro estado de vida, o aparece el desaliento, pues nos vemos abrumados y desalentados por tantas ocupaciones y problemas que surgen, y no hemos acudido al silencio, la oración y consejos para administrar bien nuestras fuerzas, y obligaciones.

Por eso, ánimo, valor, coraje, porque así como el desaliento y la queja mata, así el valor, el coraje y la alabanza a Dios la hacen revivir, y es el acto más loable que el alma pueda hacer, porque mientras se siente desalentada, del mismo desaliento toma valor, se anula a sí misma y espera; y, como dividiéndose en dos, una parte del alma le dice a la otra: ¿Por qué te acobardas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarle: «Salud de mi rostro, Dios mío» (Sal 42,6); y al reanudar la alabanza y cesar en la queja, por la que entra Satanás, ya se encuentra rehecha en Dios. En Josué (1,19) la Palabra divina nos dice: ¿No te lo he ordenado yo? ¡Sé fuerte y va-

liente! No temas ni te acobardes, porque el Señor tu Dios estará contigo dondequiera que vayas

NO NOS DEJEMOS VENCER, PORQUE CRISTO ESTÁ CON NOSOTROS

La mejor forma de no caer en las tentaciones es no poniéndonos en peligro de tenerlas: *“el que evita la ocasión, evita el pecado”* Jesús nos dice: *Yo no abandono a Mis ovejas. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo* (Jn 14, 27).

Llenad vuestra “despensa espiritual”, preparad oraciones, salmos, lecturas bíblicas, meditaciones, rezos, sacramentales, agua bendita y demás, todo lo que os ayude a vencer el pecado y la tentación, sobre todo, la tentación del desaliento que os traerá Satanás y os hará flaquear en la fe. Es lo que han hecho los monjes a lo largo de los

siglos: memorizan la Palabra de Dios y con ella exorcizan al demonio, cuando les asalta con malos pensamientos, a ejemplo de Jesús en sus tentaciones en el desierto. Acudid a María Santísima que es Madre de las almas, y una Madre, y menos Ella, nunca abandona a sus hijos, si acuden a ella llenos de confianza a pedirle ayuda.

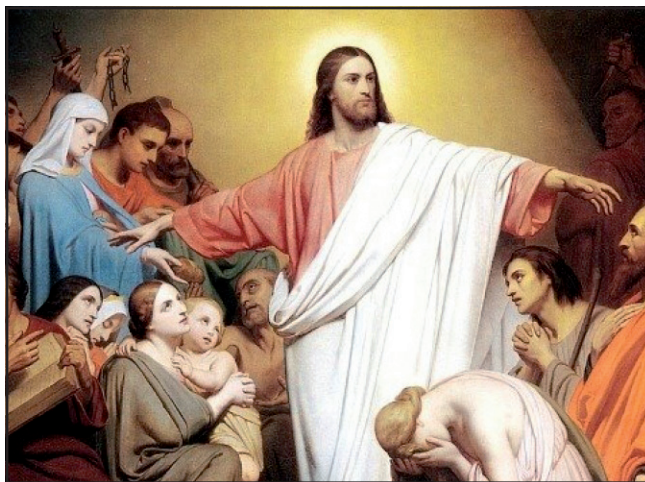
El desaliento destruye la esperanza, así que naturalmente el diablo trata de desalentarnos. Sin esperanza, es el atajo más corto y rápido

para rendirnos, que es exactamente lo que el diablo quiere que hagamos. Y cuando el salmista (44,24-27) y todo el pueblo están desalentado, hasta el punto de reprocharle a Dios estar dormido, con esa libertad que da la confianza plena en Él, y que acaba en confesión de amparo en su amor:

*Despierta, Señor, ¿por qué duermes?
Levántate, no nos rechaces más.
¿Por qué nos escondes tu rostro
y olvidas nuestra desgracia y opresión?
Levántate a socorrernos,
redúmenos por tu misericordia.*

A veces el desaliento puede ser fruto de la soberbia al querer hacer por nuestra cuenta, y según nuestro criterio, lo que creemos es bueno para Dios, pero que nada tiene que ver con su voluntad. Tengamos en cuenta que Dios quiere que hagamos su voluntad y lo que Él desea, no lo que nosotros creemos que es lo mejor, incluso aunque lo que hiciéramos fuera más costoso emprenderlo. Porque el fruto de nuestras acciones no es por el esfuerzo que hagamos, sino por la fe y confianza que pongamos en el Señor, y sobre todo por el amor, que hace de lo pequeño obras heroicas.

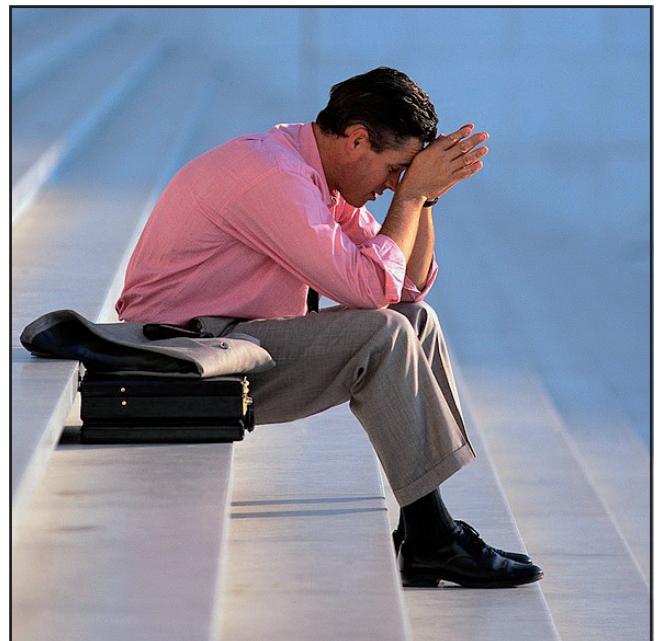
Cuando se vive y se muere «sin Dios en este mundo, los hombres están expuestos a la desesperación más radical» (Vat.II, LG 16). «La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a él». (CatIC 1501) El profeta entrevé que el sufrimiento puede tener también un sentido redentor por los pecados de los demás (Is 53,11).



El desaliento es muy traicionero y peligroso, porque se llega a un estado de ánimo tan oscuro, que hasta nos olvidamos de lo que Dios ha hecho en nuestra vida tiempos atrás. Debemos tener muy pendiente el valorar la sublime gracia de Dios que está operando en nuestras vidas. De ahí, que debemos basar nuestra fe y edificarla en las Sagradas Escrituras, pues así, cuando lleguen los momentos de desánimo, pueda salir de nuestros corazones, palabras no de quejas, ni murmuración, ni de incredulidad, ni de rechazo a la gracia de Dios, sino de confianza, de fortaleza, de aceptación de la voluntad de Dios para cualquier circunstancia. Cuando las circunstancias de nuestra vida nos presenten contrariedades, pesares, inquietudes, no debemos tratar de buscar según nuestro parecer, sino que es cuando debemos unirnos más a Dios poniendo en Él todos nuestros problemas y encomendarle lo que nos pide para poder ofrecérselo tal y como Él quiere, y a su modo de obrar, no al nuestro. Alejarnos de la comunión en su Querer solamente hace que la vida se haga más propensa a la falsedad y al pecado, causando que nosotros mismos nos procuremos más y peores problemas para nuestra vida y la de nuestra familia.

En el curso de la vida nos encontramos con éxitos y con fracasos, y no debemos ignorar que en el correr de los días habrá tiempos buenos y malos, etapas de éxito y etapas de fracasos, días de consolación y días de pruebas. Sin embargo, hay personas, y no pocas, que asumen los tropiezos como hundimientos sin remedio y entran en un estado tal de desaliento, en el que ya nada tiene sentido para ellos. La vida del ser humano es una sucesión de altos y bajos, de éxitos y fracasos y quien esto trate de ignorarlo se engaña a sí mismo. En ocasiones vivimos situaciones tales que nos permiten alcanzar paz y equilibrio, y en otros momentos lo que vivimos es todo lo contrario: frustración, insatisfacción y pena. Pero quienes viven en comunión con Dios, las pruebas las sobrellevan admirablemente. No se les evitan, pero ¡qué diferencia tan grande y abismal es vivirlas con la mirada puesta en Dios, a vivirlas sin Él! De ahí, que debemos estar preparados para cuando llame a nuestra puerta la tribulación para que no nos venza el desaliento, ese mortal enemigo del alma que hunde a personas muy competentes y seguras de sí mismas. Esa preparación debe ser principalmente la unión con Dios, confianza en Él, la oración y los sacramentos, y esa disponibilidad hacia lo que Él disponga para ayudarnos a crecer en santidad. En cuanto haya alguna sombra de apoyo en sí mismo, Dios lo tiene que purificar, quizás con el desaliento, que es como la alarma de que algo no estamos haciendo bien. De esta forma si tenemos tanto experiencias positivas como negativas, estaremos preparados para saberlas afrontar y que no nos hundan en el más terrible de los desalientos, porque normalmente esas situaciones afectan a la familia, y hasta a los de nuestro entorno quienes en la mayoría de los casos se sienten impotentes para ayudar a quien ha entrado en el túnel oscuro del desaliento.

El desaliento puede decirse que es un estado que quien lo padece tiene debilitado, cuando no apagado, el



amor, la confianza, el entusiasmo, la alegría y la fe. Es un estado de impotencia en el que la persona se siente atrapada, agobiada, desarmada. Hay quienes lo consideran “una enfermedad del alma”.

VENID A MÍ LOS QUE ESTÁIS CANSADOS Y AGOBIADOS

Jesucristo siendo consciente de la naturaleza humana y sabiendo de nuestros altibajos, nos da un gran remedio para los momentos de desaliento. VENID A MÍ LOS QUE ESTÁIS CANSADOS Y AGOBIADOS QUE YO OS ALIVIARÉ (Mt 11,18). Es un gran consuelo saber que tenemos a todo un Dios dispuesto a ayudarnos en esta pesada losa que cargamos, que es el desaliento y por la que no pocas almas sucumben a la desesperación; algo infernal que debemos evitar por todos los medios posibles a nuestro alcance.

He aquí algunas recomendaciones útiles para ello: aceptar con humildad, lo que no nos sea posible cambiar. La vida se compone de momentos buenos y de momentos oscuros, y hay que aceptar tanto unos como los otros, todos son pasajeros, también los momentos oscuros. Buscar una solución al problema y no centrarnos solamente en el estado de ánimo; si sufrir en silencio no nos soluciona nada, busquemos la ayuda en alguna persona o sacerdote. En muchas ocasiones en que nos sumimos en el desaliento, la causa no está tanto afuera como en nuestra mente. Si a pesar de buscar ayuda ésta no es eficaz aceptemos con fe lo que Dios nos manda y ofrezcámoselo, a veces son estrategias del Señor para ayudarnos a crecer en santidad o para prepararnos a superar batallas que nos esperan más adelante, o ayudar en su momento a otros. Nunca nos dejemos sumir en la desesperanza, que a tantas almas ha llevado al Infierno. Nada en esta vida es eterno, todo tiene su principio y su final, y todo ofrecido a Dios tiene un gran mérito. El Salmo nos recomienda esperar en el Señor *¡Espera en el Señor! ¡Infunde a tu corazón ánimo y aliento! ¡Sí, espera en el Señor!* (27,14).

P.D.C.M. F.